

Fallece Antonio Millán-Puelles, el esplendor de la argumentación

José Antonio Ibáñez-Martín^(*)

uando me comunicaron el fallecimiento de Antonio Milán-Puelles, que se produjo en la madrugada del martes, vinieron a mi memoria numerosos recuerdos del tercio de siglo largo en que he tenido el honor de tratarle, hasta el pasado fin de semana, que fue el último día en que le vi. Estaba ya tan mal, después de varios meses de estancia en la clínica, que presentí no volvería a verle con vida. Por ello pensé era el momento de manifestarle cómo para mí había sido una extraordinaria satisfacción haber estado tantos años junto a él y haber recibido tantas lecciones tuyas, palabras que creo recibí con alegría, pues el afecto era mutuo. Cualquiera que le haya conocido, estoy seguro que hubiera pronunciado esas mismas palabras. Antonio ha tenido una vida intelectual extraordinariamente fecunda, y, a la vez, ha sido un verdadero aristócrata, pues ya nos recuerda Cervantes, a través de Dorotea, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y él siempre se comportó como un caballero cabal.

Sobrepasa los límites de estas notas dar cuenta de la veintena de libros que dio a la imprenta, del centenar de artículos que ha publicado o de las distinciones que recibió ya desde muy joven. En efecto, tras unas reñidas oposiciones, pasó a ser catedrático de la Universidad de Madrid con treinta años, y con menos de cuarenta fue elegido miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Debido a los cambios en los planes de estudio universitarios, fue director del Departamento de Historia de la Filosofía y del de Metafísica, en la Universidad

(*) Catedrático de la Universidad Complutense
"ABC", 23/03/2005

Complutense, habiendo colaborado también con varias Universidades argentinas, con la Universidad a Distancia y con la Universidad de Navarra. Su tarea investigadora fue reconocida mediante numerosos premios, pues primero recibió los premios extraordinarios de licenciatura y de doctorado y, más tarde, se le concedió el premio Nacional de Ensayo y el de Investigaciones Filosóficas; así como la Academia Internacional de Filosofía, con sede en Liechtenstein, le distinguió con su premio Aletheia.

Quizá este último premio es muy expresivo de sus ambiciones intelectuales más intensas. Millán, que tenía un hondo conocimiento de la lengua española, huyó siempre del peligro de seducir con la brillantez de la palabra, pues lo que deseaba era escudriñar la verdad de las cosas, que no pretendía imponer a nadie, pero sí se esforzaba en proponerla con una claridad y un esplendor que facilitara el auténtico desarrollo de la inteligencia de sus lectores, al hacer ostensible el nexo entre la conclusión y sus principios. Este vigor argumentativo lo mantuvo hasta el final, de modo que estaba dispuesto a mantener en la clínica cualquier conversación de corte filosófico, pues decía, con mucha gracia, que era una mens sana en un corpore insepulto.

Antonio Millán ha ayudado a muchas personas a estructurar su pensamiento. A veces se trataba de jóvenes estudiantes que leían sus «Fundamentos de Filosofía» o graduados que acudían al «Léxico filosófico» para conocer el sentido más profundo de los conceptos filosóficos esenciales. Pero también fueron muchos los pensadores más selectos que han leído sus obras con aprovechamiento.

A Millán le llenaba de orgullo recordar cómo, habiendo coincidido como ponente con el cardenal Wojtyla en un simposio organizado en Roma por el CRIS, un centro de formación teológico dirigido por sacerdotes del Opus Dei, Juan Pablo II entró en la sala con la traducción italiana de su libro «La estructura de la subjetividad» y le manifestó que habían seguido caminos filosóficos similares.

Siempre admiré su inteligencia próspera, del mismo modo que también ha sido grande mi gozo al observar que se ha comportado hasta el último día como un caballero cristiano, sabiendo incluso ganarse el afecto y la admiración de quienes le conocieron y trataron por primera vez durante su última estancia en la clínica. Descanse en paz.